

D. JUAN—Vóime, que tu tio sale.

D.^a JAC.—No sale; escucha, que fio
Satisfacerte.

D. JUAN —Es en vano,
Si aquí no me das la mano.

D.^a JAC.—¿La mano? Sale mi tio.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA I.

Sala en casa de don Beltran.

DON GARCÍA EN CUERPO, LEYENDO UN PAPEL, TRISTAN
Y CAMINO.

D. GAR.—«La fuerza de una ocasion me hace
«exceder del orden de mi estado. Sabrála vues-
«tra merced esta noche por un balcon que le
«enseñará el portador, con lo demás que no es
«para escrito; y guarde nuestro Señor, etc.»

¿Quién este papel me escribe?

CAMINO.—Doña Lucrecia de Luna.

D. GAR.—El alma sin duda alguna
Que dentro en mi pecho vive.

¿No es esta una dama hermosa,
Que hoy ántes de medio día
Estaba en la platería?

CAMINO.—Sí, señor.

D. GAR. —¡Suerte dichosa!

Informadme, por mi vida,
De las partes desta dama.

CAMINO.—Mucho admiro que su fama
Esté de vos escondida;

Porque la habeis visto, dejo
De encarecer que es hermosa,
Es discreta y virtuosa:

Su padre es viudo y es viejo:
Dos mil ducados de renta
Los que ha de heredar, serán
Bien hechos.

D. GAR. —¿Oyes, Tristan?

TRISTAN—Oigo, y no me descontenta.

CAMINO.—En cuanto á ser principal,
No hay que hablar: Luna es su padre,
Y fué Mendoza su madre,
Tan finos como un coral.

Doña Lucrecia, en efeto,
Merece un rey por marido.

D. GAR.—(¡Amor, tus alas te pido
Para tan alto sugeto!)
¿Dónde vive?

CAMINO. —A la Vitoria.

D. GAR.—Cierto es mi bien. Que seréis,
Dice aquí, quien me guieis
Al cielo de tanta gloria.

CAMINO.—Serviros pienso á los dos.

D. GAR.—Y yo lo agradeceré.

CAMINO.—Esta noche volveré,
En dando las diez, por vos.

D. GAR.—Eso le dad por respuesta
A Lucrecia.

CAMINO. —Adios quedad.

ESCENA II.

DON GARCÍA Y TRISTAN.

D. GAR.—¿Cielos, qué felicidad,
Amor, qué ventura es esta?
¿Ves, Tristan, cómo llamó
La más hermosa el cochero
A Lucrecia, á quien yo quiero?
Que es cierto que quien me habló
Es la que el papel me envia.

TRISTAN—Evidente presuncion.

D. GAR.—Que la otra, ¿qué ocasion
Para escribirme tenia?

TRISTAN—Y á todo mal suceder,
Presto de dudas saldrás;
Que esta noche la podrás
En el habla conocer.

D. GAR.—Y que no me engañe es cierto,
Segun dejó en mi sentido
Impreso el dulce sonido
De la voz con que me ha muerto.

ESCENA III.

DICHOS, Y UN PAJE QUE DA UN PAPEL A D. GARCÍA.

PAJE. —Este, señor don García,
Es para vos.

D. GAR. —No esté así.

PAJE. —Criado vuestro nació.

D. GAR. —Cúbrase, por vida mia. (*Lee á solas.*)

«Averiguar cierta cosa

«Importante á solas quiero

«Con vos: á las siete espero

«En San Blas.—Don Juan de Sosa.»

(¡Válgame Dios! desafío.

¿Qué causa puede tener

Don Juan, si yo vine ayer,

Y él es tan amigo mio?)

Decid al señor don Juan

Que esto será así.

ESCENA IV.

DON GARCÍA Y TRISTAN.

TRISTAN Señor,

Mudado estás de color:

¿Qué ha sido?

D. GAR. —Nada, Tristan.

TRISTAN—¿No puedo saberlo?

D. GAR. —No.

TRISTAN—(Sin duda es cosa pesada.)

D. GAR.—Dame la capa y espada.

(¿Qué causa le he dado yo?)

ESCENA V.

DON GARCÍA Y DON BELTRAN.

D. BEL.—¿García?

D. GAR. —¿Señor?

D. BEL. —Los dos

A caballo hemos de andar

Juntos hoy, que he de tratar

Cierto negocio con vos.

D. GAR.—¿Mandas otra cosa?

ESCENA VI.

DICHOS Y TRISTAN, QUE DA DE VESTIR A D. GARCÍA.

D. BEL. —¿Adónde

Vais cuando el sol echa fuego?

D. GAR.—Aquí á los trucos me llevo

De nuestro vecino el conde.

D. BEL.—No apruebo que os arrojéis,

Siendo venido de ayer,

A daros á conocer

TRISTAN —¿Qué te admiras?

Pues lo peor falta agora;
Que son tales, que podrá
Cogerle en ellas cualquiera.

D. BEL.—¡Ay Dios!

TRISTAN —Yo no te dijera
Lo que tal pena te da,
A no ser de tí forzado.

D. BEL.—Tu fe conozco y tu amor.

TRISTAN—A tu prudencia, señor,
Advertir será excusado
El riesgo que correr puedo,
Si esto sabe don García,
Mi señor.

D. BEL. —De mí confía;
Pierde, Tristan, todo el miedo.
Manda luego aderezar
Los caballos.

ESCENA VIII.

DON BELTRAN.

Santo Dios,
Pues esto permitis vos,
Esto debe de importar.
¿A un hijo solo, á un consuelo
Que en la tierra le quedó

A mi vejez triste, dió
Tan gran contrapeso el cielo?

Ahora bien, siempre tuvieron
Los padres disgustos tales;
Siempre vieron muchos males,
Los que mucha edad vivieron.

Paciencia; hoy he de acabar,
Si puedo, su casamiento:
Con la brevedad intento
Este daño remediar;

Antes que su liviandad,
En la corte conocida,
Los casamientos le impida
Que pide su calidad.

Por dicha, con el cuidado
Que tal estado acarrea,
De una costumbre tan fea
Se vendrá á ver enmendado;

Que es vano pensar que son,
El reñir y aconsejar,
Bastantes para quitar
Una fuerte inclinacion.

ESCENA IX.

DON BELTRAN Y TRISTAN.

TRISTAN—Ya los caballos están,
Viendo que salir procuras,

Probando las herraduras
 En las guijas del zaguan;
 Porque con las esperanzas
 De tan gran fiesta, el overo
 A solas está primero
 Ensayando sus mudanzas,

Y el bayo, que ser procura
 Emulo al dueño que lleva,
 Estudia con alma nueva
 Movimiento y compostura.

D. BEL.—Avisa, pues, á García.

TRISTAN—Ya te espera tan galan,
 Que en la corte pensarán
 Que á estas horas sale el dia.

ESCENA X.

Habitacion de doña Jacinta.

D.^a JACINTA É ISABEL.

ISABEL.—La pluma tomó al momento
 Lucrecia, en ejecucion
 De tu agudo pensamiento,
 Y esta noche en su balcon
 Para tratar cierto intento
 Le escribió que aguardaria;
 Para que puedas en él
 Platicar con don García.

Camino llevó el papel,
 Persona de quien se fia.

D.^a JAC.—Mucho Lucrecia me obliga.

ISABEL.—Muestra en cualquier ocasion
 Ser tu verdadera amiga.

D.^a JAC.—¿Es tarde?

ISABEL.—Las cinco son.

D.^a JAC.—Aun durmiendo me fatiga
 La memoria de don Juan,
 Que esta siesta le he soñado
 Celoso de otro galan.

ISABEL. (*Mira por una ventana.*)

—¡Ay, señora, don Beltran,
 Y el perulero á su lado!

D.^a JAC.—¿Qué dices?

ISABEL.—Digo, que aquel
 Que hoy te habló en la plateria
 Viene á caballo con él;
 Mirale.

D.^a JAC.—Por vida mia,
 Que dices verdad, que es él.

¿Hay tal? ¡Cómo el embustero
 Se nos fingió perulero,
 Si es hijo de don Beltran!

ISABEL.—Los que intentan, siempre dan
 Gran presuncion al dinero,
 Y con ese medio hallar
 Entrada en tu pecho quiso;

Que debió de imaginar
Que aquí le ha de aprovechar
Mas ser Midas, que Narciso.

D.^a JAC.—En decir que há que me vió
Un año, también mintió;
Porque don Beltran me dijo,
Que ayer á Madrid su hijo
De Salamanca llegó.

ISABEL.—Si bien lo miras, señora,
Todo verdad puede ser;
Que entónces te pudo ver,
Irse de Madrid, y agora
De Salamanca volver;

Y cuando no, ¿qué te admira
Que quien á obligar aspira
Prendas de tanto valor,
Para acreditar su amor
Se valga de una mentira?

Demás, que tengo por llano,
Si no miente mi sospecha,
Que no lo encarece en vano,
Que hablarte hoy su padre, es flecha
Que ha salido de su mano.

No ha sido, señora mía,
Acaso, que el mismo día
Que él te vió, y mostró quererte,
Venga su padre á ofrecerte
Por esposo á don García.

D.^a JAC.—Dices bien; mas imagino
Que el término que pasó
Desde que el hijo me habló
Hasta que su padre vino,
Fué muy breve.

ISABEL.—Él conoció
Quién eres; encontraría
Su padre en la platería,
Hablóle, y él, que no ignora
Tus calidades, y adora
Justamente á don García,
Vino á tratarlo al momento.

D.^a JAC.—Al fin, como fuere sea;
De sus partes me contento,
Quiere el padre, él me desea,
Da por hecho el casamiento.

ESCENA XIJ.

Paseo de Atocha.

DON BELTRAN Y DON GARCÍA.

D. BEL.—¿Qué os parece?

D. GAR.—Que animal
No ví mejor en mi vida.

D. BEL.—¡Linda bestia!

D. GAR.—Corregida